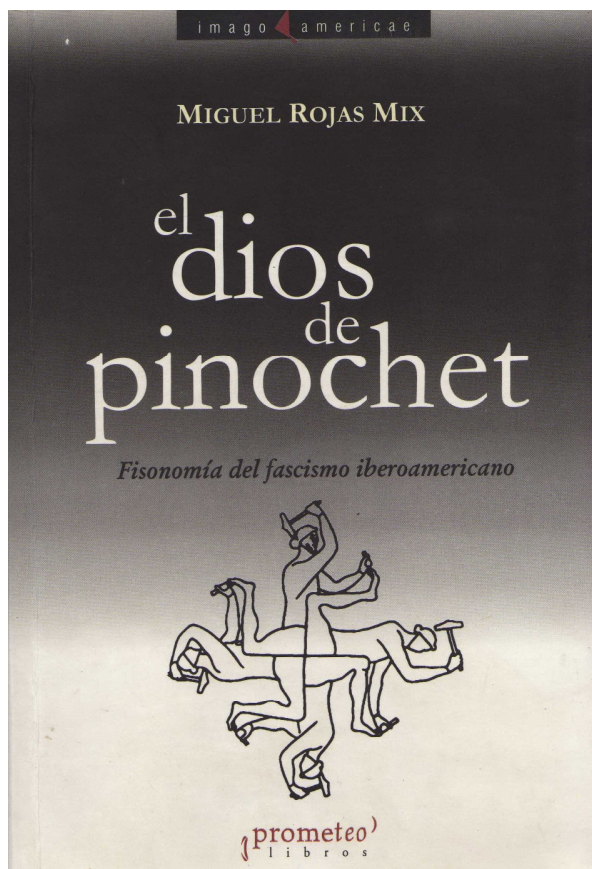


ROJAS MIX, Miguel, *El Dios de Pinochet. Fisonomía del fascismo iberoamericano*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007, 243 páginas.

Gabriela Gomes
 Universidad Nacional General Sarmiento



En *El Dios de Pinochet. Fisonomía del fascismo iberoamericano*, Miguel Rojas Mix, con un estilo ensayístico, se propone analizar los mitos de legitimación desarrollados en el momento del golpe de Estado de 1973. Estos mitos, que son los que dieron forma al discurso de la dictadura militar, fueron desarrollados para convencer a la ciudadanía de la necesidad de romper con el orden democrático. Rojas Mix parte de la hipótesis de que la dictadura de Pinochet es una nueva tipología del fascismo denominada “fascismo iberoamericano”, que es compartida por otras dictaduras del continente, como la argentina. En palabras de Rojas Mix: “*el fascismo definido como un movimiento político totalitario o autoritario de ideología racista, opuesto a la democracia liberal y al comunismo, el concepto se puede aplicar y se aplica a otros movimiento que podemos llamar fascistas o fascistizantes, para los cuales*

el componente religioso es mucho más importante” (p. 14). Dicho esto, el autor destaca el componente religioso del discurso de Pinochet porque es el argumento más fuerte que encuentra para definir a su gobierno como un tipo particular de fascismo.

Los mitos de legitimación fueron desarrollados por las dictaduras militares latinoamericanas para sacralizar o legitimar la usurpación del poder, justificar la represión y obtener un mayor consenso ampliando su base de sustentación. En este sentido, los principales mitos que configuran el discurso de legitimación y el imaginario apologético del autoritarismo de las dictaduras son: 1) el jingoísmo, 2) el hispanismo, 3) el iusnaturalismo, 4) la civilización cristiana y occidental, 5) la decadencia y el Goulag, 6) el satanismo, 7) la soteriología, y a partir de la década de 1970 el mercado neoliberal (p. 38). “*De lo que se trata es de la utilización de una serie de temas que existían en calidad de ‘valores’ en el pensamiento de las clases dominantes y circulaban por el tejido social, como convicciones,*

unas intelectuales, otras de Perogrullo, en las que anidaban ideas racistas, eurocéntricas, patrioterías y dogmas integristas propios del catolicismo más conservador” (p. 33).

La dictadura militar inició una campaña de persuasión, buscando crear en las masas una mística y una mitología que le permitiera ampliar su base de sustentación y consolidar su hegemonía. En este sentido, la escuela y los medios de comunicación se convirtieron en los mejores canales para transmitir y reproducir la ideología militarista, como una forma de adoctrinamiento constante. A lo largo de su trabajo, el autor da cuenta del maniqueísmo político llevado a cabo por los militares a través de la construcción de mitos desde el poder para legitimar su accionar. Por ejemplo, al identificar la patria con el ejército se instaura en la sociedad un paradigma antinómico entre patriotismo y marxismo, que deriva en la estigmatización de todo pensamiento de “izquierda”, considerándolo portador de males para la nación. Asimismo, a través del mito jingoísta a la Patria se la asocia con lo verdadero y justo, por tanto todo aquello que se lo opone o que se opone a la razón de Estado, es falso. Con esto, los golpistas pretendían crear y difundir un imaginario nacional, que legitimara su accionar y los hiciera depositarios de la verdad nacional. Este argumento constituyó uno de los principales fundamentos teológico-morales del Estado dictatorial, que sirvió para justificar la represión, la violación de los derechos humanos, etc.

El mito de la hispanidad consagraba el carácter cristiano de la dictadura dado que unía la noción de patria a la religiosidad reforzando la función del mito jingoísta. De modo que Pinochet se autoproclamó defensor de la hispanidad y de la sociedad cristiana occidental. Según el autor *“la definición histórico-filosófica de la civilización cristiana y occidental está estrechamente asociada a una visión histórica apocalíptica. La historia, tal cual se señaló a propósito del jingoísmo, es concebida por los dómines de la dictadura como la lucha entre el Bien y el Mal, entre el Espíritu y la Materia. En este combate los militares, o mejor dicho las derechas, representaban los valores del espíritu, que se identificaría con los valores cristianos. De ahí la connotación “cristiana” de la civilización occidental*” (p. 143).

El mito de la decadencia se asociaba al peligro del advenimiento del marxismo: *“el peligro que la civilización sea aniquilada es lo que forzado a los militares a intervenir”* (p. 207). Occidente debía prevenir la llegada del Goulag, esto fue lo que justificó el golpe. Por otro lado, el mito que aparece asociado al de la decadencia es el de la salvación: *“el dictador es el paladín de Occidente. Sólo su ejemplo puede liberar al mundo de la decadencia, el satanismo marxista y el Goulag”* (p. 220).

“Se puede decir que el hispanismo tuvo un papel fundamental en la ofensiva ideológica desencadenada por la dictadura y en la fabricación de sus tópicos publicitarios. A través de él, los militares afirmaban una serie de ‘principios’ sobre los cuales se sustentaba el orden autoritario” (p. 105). Estos principios le permitían a la dictadura rechazar los partidos políticos, atacar al comunismo, justificar el “reestablecimiento del orden”, etc. Asimismo, *“el discurso de la Hispanidad dotaba a los militares de una argumentación para justificar la imposición de un modelo económico que agudiza la opresión y la miseria”* (p. 65). Otro de los mitos analizados es el iusnaturalismo. Según el autor *“el iusnaturalismo es una plataforma subyacente sobre la cual descansa la sociedad cristiana y occidental y que pone a ésta la protección del derecho divino”* (p. 127). Este mito fue desarrollado para buscar una justificación a la defensa de la propiedad privada en el derecho natural.

Teniendo en cuenta lo mencionado anteriormente, haremos algunas observaciones generales acerca del libro. En principio, es preciso contextualizar la aparición de la obra dentro de cierta “liberación” del pasado reciente que generó la muerte de Pinochet. Considerando que Rojas Mix declara que comenzó a escribir el libro en 1973, al calor de los acontecimientos, uno podría pensar que fue esa “liberación” la razón principal de que el libro se editara en el 2007 y no antes. Según nuestro criterio, el texto debería haber sido revisado,

ya que es un trabajo que resulta poco novedoso, con argumentos un tanto simples para el estado actual de las discusiones en las ciencias sociales sobre los procesos de producción y recepción de las ideas. Probablemente, de haberse publicado en los años inmediatos a la apertura democrática el aporte habría sido considerado más significativo.

Uno de los principales problemas que presenta el trabajo es el uso de “fascismo” como categoría para referirse a la dictadura chilena. Esta consideración es típica de la interpretación de una persona que manifiesta repudio por el régimen. Por tanto el concepto de *fascismo iberoamericano* se parece más a una forma enjuiciar el pasado que de comprenderlo. Probablemente, la forma de denominar y referirse a la dictadura que utiliza el autor es mucho más habitual entre los militantes adversarios del gobierno que en la jerga especializada utilizada por los académicos.

Otra dificultad de índole conceptual, es que Mix considera al término *fascismo iberoamericano* como sinónimo de autoritarismo católico o nacional-catolicismo. Ahora bien, si bien es cierto que Pinochet reivindicaba al catolicismo, ni ese componente religioso ni su autoritarismo alcanzan para definir a su gobierno como fascista. Más allá que la clasificación de fascismo es discutida, en líneas generales existe consenso entre los historiadores y científicos políticos en que los principios característicos del fascismo son: el Estado autoritario y totalitario, el nacionalismo conservador, la estructura vertical de poder, el desprecio por el marxismo, la democracia y el liberalismo; el corporativismo como forma de organización social y económica; una concepción elitista de la política y de la historia, etc. Dicho esto, cualquiera que tiene conocimientos mínimos de la dictadura chilena se da cuenta de que Pinochet era un enemigo acérrimo del marxismo y de que su política fue obviamente antidemocrática, pero nunca fue antiliberal. Por el contrario, Pinochet implementó el modelo económico neoliberal, para lo cual se basó en los postulados de los llamados *Chicago Boys*, y en las teorías de política monetaria de Milton Friedman. Podría considerarse que la mirada eurocentrista que el autor tiene acerca de la historia chilena es lo que hace que su explicación de los acontecimientos sea un tanto forzada, ya que parte de una categoría (fascismo) propia de la historia europea, que poco cabe utilizarla para comprender la dictadura trasandina.

Una observación a comentar es la interpretación maquiavélica que el autor tiene acerca la dictadura chilena. En primer lugar, se interpreta a los mitos como una forma de legitimar el accionar de los militares y crear mayor consenso social. Ahora bien, suponiendo que el autor acertara en este punto, inmediatamente surgirían otras inquietudes: ¿los mitos fueron siempre recibidos de manera tan lineal?, ¿fueron aceptados y compartidos por todo el cuerpo social del mismo modo? Parecería que el autor da por supuesto que los mitos se crearon por el gobierno militar al mejor estilo maquiavélico, y que fueron bajados y aceptados de manera directa sin resistencias. Este argumento da cuenta de una mirada lineal y obstinada de concebir e interpretar los hechos históricos. En este sentido, el maniqueísmo del autor no deja espacio para otra interpretación de los acontecimientos que no sea la clásica dicotomía entre buenos y malos. En oposición al autor, considero que lo que legitimó el accionar del gobierno militar no fueron los mitos sino el consenso social, cuestión que prácticamente Rojas Mix no aborda en su trabajo. Ese consenso se obtuvo a partir de las promesas de transformación económica del país, las cuales tuvieron éxito a partir de la eliminación de la hiperinflación, lo cual llevó a hablar de un “milagro económico chileno”.

Por otro lado, no se hace referencia alguna a la falta de resistencia masiva o, al menos, generalizada, contra la violencia ejercida desde el poder. Está implícito en el texto que la falta de reacción social frente a la represión se debió, por un lado, al enorme grado de opresión impuesto por los militares, y por el otro a que la mayoría de la población supuestamente desconocía los hechos, por lo que la sociedad aparece como la víctima del tirano. Es sabido

que la represión fue de tal magnitud que atemorizó a la sociedad, e indujo a muchos a guardar silencio, paralizados por el miedo. También es cierto que quizás algunos ignoraban lo que estaba sucediendo. Sin embargo, ese argumento no explica todo, ya que el silencio fue la actitud asumida por gran parte de los referentes de la sociedad civil.

Otra cuestión bien interesante a señalar es la interpretación que Rojas Mix tiene acerca de la memoria, ya que menciona que: “*el ocultamiento de la memoria crea la tendencia a nombrar las víctimas y a olvidar los verdugos*” (p. 14), dicho esto nos preguntamos ¿a qué memoria se hace referencia? Con estas palabras, parecería que se presupone que hay una sola memoria. En tal caso, podemos suponer que el autor se refiere a la memoria hegemónica. Ahora bien, ¿es posible ocultar la memoria? En todo caso, lo que sucede es que hay memorias “*fuertes*” y memorias “*débiles*”, lo cual tiene que ver con que hay memorias oficiales, mantenidas por instituciones, incluso por los Estados, y memorias subterráneas, ocultas o prohibidas. La visibilidad y el reconocimiento de una memoria dependen en última instancia de la fuerza de sus portadores¹. Asimismo, el hecho de “*crear las víctimas y olvidar los verdugos*”, tendría que ver más con el uso político del pasado, es decir con las manipulaciones de los hechos, que con el ocultamiento de la memoria.

En este sentido, las memorias y las interpretaciones son elementos claves en los procesos de (re)construcción de identidades individuales y colectivas en sociedades que emergen de periodos de violencia y trauma. Es imposible hallar una memoria, una visión y una interpretación única del pasado que sean compartidas por toda la sociedad. Pueden encontrarse momentos en los que el consenso es mayor, en los que el libreto único de la memoria es más aceptado o hegemónico. En general, ese libreto es lo que cuentan los vencedores de conflictos y batallas históricas. Siempre habrá otras historias, otras memorias, interpretaciones alternativas y lucha política acerca del sentido de lo ocurrido, pero también acerca del sentido mismo de la memoria².

Palabras claves: Dictadura militar chilena - Mitos de legitimación- América Latina.

Key words: Chilean military dictatorship – Legitimacy Myths - Latin America

¹ Véase de Enzo Traverso, “Historia y memoria. Notas sobre un debate”, en Franco, Marina y Levin, Florencia (comps.) *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

² Véase de Elizabeth Jelín, “Memorias en conflicto”, en *Puentes*, n° 1, Comisión Provincial por la Memoria, La Plata, 2000 y *Los trabajos de la memoria*, Madrid: Siglo XXI, 2002.